

AQUELLA CASA

(FRAGMENTO)

LOS otros niños no se detuvieron donde la calle terminaba. El campo devoraba de golpe la huella, y la visión de dos filas de casas dejadas atrás, de los cegados frentes de persianas, parecía una remota imagen del sueño, una alucinación de la carrera por aquel suelo pisado, polvoriento.

Joaquín había sentido al pasar el vaho a encierro de los zaguanes, la pesada vegetación de los patios, el aliento dulzón que la brisa terrestre sacaba de los zarzos y mezclaba a la humedad de las paredes, todo ese aire desagradable de las casas viejas, ese olor de antigüedad y abandono que envuelve a los muebles enfundados, esa emanación que parece salida a un tiempo de cuerpos y cosas declinantes. (Todo el pequeño abolengo infatuado y raído del pueblo se conservaba en aquel efluvio rancio, acre, que no era el de la muerte sino el de la decadencia, el de las sillas labradas y las naturalezas muertas de comedor).

Había bajado la cuesta corriendo. Pasaba delante de todas las casas sin mirarlas, pero sabía que la penúltima de la derecha marcaba la invisible franja, la veta de aire para siempre detenido, amortecido sobre el viento, la estela de aire denso que dejara la caja al salir (la vió, vió brillar las asas al sol de la tarde, la contempló con una suspensa y remordida curiosidad) y que la eternidad guardaría sobre aquel sitio. La familia del muerto se había ido, pero Joaquín sabía muy bien que la cola de aire había quedado flotando, impedida de volver a la casa (la puerta se cerró aquella tarde sobre la partida y no había vuelto a abrirse), privada de volver al lecho hollado, de adherirse al cuerpo que en su actitud definitiva la había impreso sobre los linos, dejándole luego su forma inasible, errante por la cámara mortuoria — la fosa ahondada por el cuerpo entre la custodia de los cirios.

Joaquín sabía que "la cámara" —lo que él llamaba literariamente así— era aquella primera habitación a la izquierda del zaguán; conocía las persianas que habían filtrado la claridad exánime, el fulgor recolado y tembloroso, las estrias que iluminaban, atravesándola, la dura sombra de la madera y vacilaban en volteos mortecinos en la pieza ya desierta, hasta que alguien sopló la extenuación de todos —y de ellos mismos— sobre los cuatro pabilos.

Al mirar luego la ventana clausurada, al ver el envarillado color mate tras el que se adivinaba la estancia vacía, el recuerdo ponía las rayas de la luz cerial, esa pálida articulación de las tablillas que indicaba, a una calle y a un cielo ajenos, la antigua presencia de aquella misma tarde.

Joaquín había pasado corriendo frente al balcón cerrado, pero al llegar —sin verla— frente a la puerta, al tocar con su rostro el aire detenido (la banda que había sido exhalada por la desgracia y que el viento, la lluvia, la luz y la noche, nada cicatrizaría) se detuvo de pronto, con un brusco tirón del cuello, enlazado. Por aquella zona de la muerte debía pasar siempre con la respiración retenida. Sabía que no debía dejarse fascinar, que estaría perdida su impresión inicial, de apartamiento taciturno, el día en que conviniera en que aquello era un juego, que sólo existían la ventana cerrada y su recuerdo. Era una de las visiones en que estaba comprometida toda su infancia, toda la pesadumbre, toda la sórdida sensación de un asedio invisible —ausente sobre la quietud del niño, pero cerrando el camino de su huida—, todo lo que le daba la idea de una libertad y un olvido llenos de una intención de no ser totales, esa vaga opresión que era, para él, el pueblo, sus casas, la gente y el extraño significado de apogeo, la intensa corporeidad que cobraba allí, a sus ojos, la engañosa mansedumbre de la muerte.

Se detuvo, quedó solo en la noche oyendo perderse la carrera de los demás, sintiendo crecer, allí donde no quería mirar (allí donde su infancia nimbaba cuatro temblorosas puntas de llama), el lento embrión de un relámpago sobre la fantástica claridad de la cámara, la misma consistencia hostil en el aposento y el aire que él hendía con su rostro, la larga nube muerta, caliginosa, inmóvil.

C A R L O S M A R T I N E Z M O R E N O